

mente para conducirlo á una alta perfeccion. A la edad de cuarenta años, renunció enteramente á las vanas solicitudes de la tierra, y se hizo solitario. Fijó su morada en el desierto de las Celdas, en el que hizo tan grandes progresos que recibió de Dios el don de los milagros; lo cual hizo que los griegos le dieran el titulo de taumaturgo. Dicese de él en los, *Menées* y el *Paraiso* de Heráclides, que una hiena fué cierto dia á golpear la puerta de su celda, que no estaba más que ajustada, y puso á sus pies á su pequeñito que habia traído y que era ciego. El Santo lo tomó, frotóle los ojos con su saliva, hizo su oracion á Dios, y al instante aquel animalillo vió claro. La madre lo volvió á tomar, dióle de mamar y se lo llevó.

Al día siguiente volvió á él con una piel de oveja que le presentó en reconocimiento del servicio que le habia hecho; y Marcos dió despues esta pel á San Atanasio, el cual la regaló á Melania la Vieja. La *Lausiaca* de Paladio atribuye la curacion de este animal á San Macario de Alejandria; pero hay error en el texto latino.

Este excelente solitario se hizo tan agradable á Dios por la pureza de su vida, que San Macario de Alejandria, que era sacerdote y desempeñaba las funciones de su cargo en la iglesia de las Celdas, decia que cuando le presentaba él la sagrada comunión, un angel se la quitaba de las manos para dársela, y que veia una mano celestial hasta la muñeca que se la metía en la boca.

Habiéndose Paladio retirado al mismo desierto, cuenta que encontrándose sin ocupacion en su celda, quiso irle á ver á la suya, y que antes que entrase en ella se sentó á la puerta para observar lo que hacia. Estaba él, dice, en su celda, siendo de edad de más de cien años, no teniendo un solo diente, y oí que combatía ya contra sí mismo ya contra el demonio, y que hablándose á sí mismo, decia: « ¿Qué más quieres, miserable viejo? ¿No te basta haber bebido

vino y haber comido aceite? ¿Qué más necesitas tú que con tus blancos cabellos te dejas llevar de la gula? ¿Qué pides todavia, desdichado esclavo de tu vientre, tú que deberias cubrirte de vergüenza? »

En seguida dirigiéndose al demonio, decia: « Retírate de mí, Satanás, tú que desde mi juventud hasta el presente no has cesado un instante de hacerme la guerra, hasta obligarme, debilitando mi cuerpo, á comer aceite y beber vino, y que con esto me has convertido en un sensual y voluptuoso. ¿Qué más quieres exigir de mí, y qué cosa me queda de la que quieras aprovecharte? Enemigo de los hombres, retírate al menos ahora, y no vengas más á turbar mi reposo. » Despues de esto, apostrofándose aun, decia: « Hete aquí, pues, gran parlanchin, hete aquí, goloso, tú que en tu vejez, y cubierto de blancos cabellos, no puedes saciarte. ¿Tendré pues yo todavia que vivir mucho tiempo conmigo? »

De esta manera este hombre Santo, soberanamente mortificado, se reprochaba por un poco de vino y de aceite de que usaba por necesidad en una edad decrepita; asi que Pozomeno y Paladio aseguran que sobresalia en dulzura y sobriedad. Murió á la edad de más de cien años. Los *Menées* no le dan más que ciento. Dicese allí que escribió libros muy útiles; pero nosotros ya no los tenemos. Los que se encuentran con su nombre en la *Biblioteca de los Padres* son de un autor más reciente.

Hubo otros solitarios del mismo nombre á quien no hay que confundir con este. Las *Vidas de los Padres* hablan de un Márcos, amigo de San Arsenio, y el cual le consultaba algunas veces. El debia de ser más jóven que este del cual acabamos de hablar, puesto que no habiéndose retirado San Arsenio al desierto hasta 390, ó á lo más tarde en 394, y hallándose entonces Paladio en el desierto de las Celdas, San Márcos tenía cien años, como hemos dicho.

Ahora bien ¿ qué verosimilitud hay en que un solitario á la edad de cien años hiciese el viaje desde las Celdas á Sceté para consultar á San Arsenio, que acababa de abandonar la corte del emperador ?

Encuétrase en la *Recoleccion de las Sentencias de los Padres de los Desiertos*, hecha por Cotelier, un rasgo de la vida de un abad Marcos de Egipto, que moró durante treinta años encerrado en su celda sin salir de ella. Un buen sacerdote iba á ella regularmente á celebrar el santo sacrificio, y queriendo el demonio privarle de este consuelo, indujo á un poseso á que fuese á verle so pretexto de obtener su curacion con sus oraciones. En seguida hablando por su boca, le dijo que el sacerdote que recibía en su casa estaba en muy mala reputacion, y que no debía tolerarle. Marcos le respondió : « Hijo mio, los otros arrojan el pecado de su corazon ¿ y vos venis á traerlo aquí ? Está escrito : *No juzgueis y no sereis juzgados* (Matth. 7, 1.). Añadió que, aun cuando aquel sacerdote fué culpable, como se atrevía á decir, esperaba que Dios le haría la gracia de convertirse ; puesto que Santiago dijo : *Rogad los unos por los otros, á fin de que obtengais la salvacion de vuestra alma.* (Jac. 5, 16.) Lo cual habiendo dicho, sin detenerse más en la malicia del demonio que le hablaba por la boca de aquel hombre, hizo su oracion y le obligó á salir de su cuerpo ; despues de lo cual le envió curado.

Habiendo ido despues el sacerdote segun su costumbre, Marcos le recibió con mucha alegria, y Dios, que era testigo de su simplicidad sábia y prudente, no queriendo que quedase en su espíritu idea alguna de desconfianza contra este sacerdote, le hizo ver un ángel que le ponía la mano sobre la cabeza en el momento en que subió al altar para celebrar, y le hizo representársele como una columna de fuego, lo cual le causó una gran admiracion. Al mismo tiempo oyó una voz que le dijo : « Oh hombre ¿ de qué os admi-

rais ? Si un rey de la tierra no permite que los grandes de su corte se presenten ante él, vestidos sino con hábitos magníficos ¿ con cuánta mayor razon el poder de Dios purificará á los ministros de los sagrados misterios, cuando se presentan delante de su gloria celestial ? » Dios hizo pues esta gracia á Marcos de Egipto, dice el autor que esto trae, porque no había juzgado mal de aquel sacerdote.

Juan, solitario de las Celdas, era amigo particular del abad Motoés, célebre entre los monges. Nada más sabemos de él ; pero tenemos del mismo la historia edificante de la conversion de una comediante que merece ser narrada. Vivía ella en una ciudad de Egipto, que no se nombra, en donde atraía á su casa por el esplendor de su belleza y riquezas á los más calificados de la ciudad. Sucedió pues que, queriendo entrar en la iglesia, el diácono se lo impidió, diciéndole que su escandalosa conducta la hacia indigna de ello. Ella persistió en querer entrar, y al ruido que hizo, acudió el obispo y le dijo, como se lo había dicho el diácono, que no era digna de entrar en la casa de Dios, y que con razon la echaban de ella.

Esta santa severidad del obispo la hizo entrar dentro de sí misma y prometió cambiar de vida ; pero no queriendo el prelado fiarse de su palabra le ordenó para asegurarse, que llevase todas sus riquezas á la iglesia. Fué obedecido al instante. Ella fué á buscar todo cuanto tenía y púsolo en un monton á la puerta de la iglesia, en donde el obispo lo hizo consumir por el fuego. Despues de esta brillante prueba de su conversion, fué abierta la iglesia. Entró en ella toda bañada en lágrimas, y dijo : « ¡ Ay ! Si aquí se me trata con tanto rigor ¿ qué no debo yo temer en la otra vida de la justa severidad del juicio de Dios ? » Así que emprendió muy de veras el hacer penitencia, y con esto llegó á ser un vaso de eleccion.

Doroteo, Tebano de nacion, se hizo particularmente re-

comendable en el desierto de las Celdas por la austeridad de su vida. Hacía sesenta años que moraba en una cueva cuando Paladio fué á aquel desierto. Dice de él que su manera de vivir era extremadamente áspera y difícil de soportar ; que durante el día, y hasta con el mayor calor del medio día, recogía piedras en el desierto, con las que edificaba celdas para los que no las tenían, y que todos los años hacía una de ellas. Como el mismo autor quiso representarle un día que no debía en su edad matar de aquella manera su cuerpo con un trabajo tan fatigoso y con insupportables calores, le respondió : « Yo quiero matarlo puesto que él me mata. »

No comía al día más que seis onzas de pan con un pequeño puñado de yerbas, y no bebía sino un poco de agua. Paladio, que estuvo algun tiempo con él, añade que jamás le había visto extender los piés ni echarse sobre la cama para dormir ; sino que pasaba la noche sentado, haciendo cuerdas con la corteza de palmera para ganarse la vida. Sus demás discípulos, á quienes este escritor preguntó si había hecho siempre lo mismo, le confesaron que desde su más temprana juventud, había vivido de esta manera, durmiendo solamente algunas veces mientras trabajaba ó comía, de suerte que cuando quería comer, se le veía frecuentemente caer el pan de la boca. ¡ Tan oprimido estaba por el sueño ! Quiso él una vez obligarle á acostarse por un poco de tiempo sobre una estera de juncos ; pero él le dijo : « Cuando vos persuadais á los ángeles que duerman, podreis tambien persuadirlo á los que quieren adelantarse en la virtud. »

El mismo autor cuenta de él un hecho que prueba cuán viva era su fé. « Acercándose el tiempo de comer, dice él, me envió á la hora de nona para sacar agua ; pero habiendo ido al pozo, vi dentro un áspid, que me espantó tanto que volví á él corriendo, y le dije : « ¡ Ah, Padre mio ! Esta-

mos perdidos ; he visto un áspid en vuestro pozo. » Entonces, sin conmovirse por este accidente sino, al contrario meneando la cabeza y sonriéndose dulcemente. me respondió : « ¿ Y qué ? ¿ si el demonio se atreviese á echar serpientes y áspides en todos los pozos ú otros animales venenosos en todas las fuentes, no beberíais pues nunca ? » Al mismo tiempo se levantó y fuése derecho al pozo, donde despues de haber sacado agua, hizo la señal de la cruz, diciendo : « Toda la malicia del demonio quede sin fuerza en presencia de la señal de la cruz ; « y bebió al instante de aquella agua, ayuno como estaba. »

EL ABAD TEODORO DE LAS CELDAS

Casiano hace el elogio del abad Teodoro en sus *Instituciones monásticas*. Representale como un hombre de gran santidad y estremadamente hábil, no solo en todo lo que atañe á la ciencia de la práctica de las virtudes, sino tambien á la inteligencia de la Escritura.

Queremos traer aquí la conferencia que Casiano le atribuye y recordar el acontecimiento que á ella dió lugar.

« En el lugar de Palestina que está próximo á la aldea de Tecué, dice este autor, hay una vasta soledad que se extiende hasta la Arabia ; y en este desierto fué donde moraron largo tiempo excelentes anacoretas, los cuales, despues de una vida muy santa, fueron cruelmente muertos por unos Sarracenos... Nosotros quedamos vivamente apesadumbrados por el escándalo que nosotros mismos y algunos de nuestros hermanos sentimos por su muerte ; y nos ad-